

# EXPEDICION HOMBORI - DOUENTZA - 1975

## TRAVESIA DEL DESIERTO

Un día de febrero, el invierno bien entrado, cogimos los coches y nos dirigimos hacia el sur, nuestras cabezas llenas de sueños y fantasías sobre Africa, sus gentes, sus tierras inmensas. Durante dos meses habíamos trabajado febrilmente preparando nuestro viaje, aplazando una y otra vez el día de salida, a causa de algún problema surgido a última hora. Por fin anhelantes, excitados, estábamos en marcha, cruzando de un tirón, bajo una intensa lluvia que no nos abandonaría en varios días, la península de norte a sur.

En el barco, entre Málaga y Melilla, casi ni nos creemos que estamos ya en el camino, y una oleada de alegría, inquietud y nostalgia nos invade a la vista de la primera costa de Africa.

Cuando al día siguiente conseguimos dejar atrás Melilla y la frontera marroquí, sin problemas de ningún tipo, respiramos tranquilos. Tenemos por delante unos cientos de kilómetros de buena carretera asfaltada hasta llegar a la pista, al comienzo auténtico de nuestra aventura.

Durante dos días atravesamos Marruecos y gran parte de Argelia. Un continuo paisaje de llanuras secas e interminables, de montañas lejanas y olvidadas, de pueblos recogidos y pastores solitarios. Paisaje en el que nuestro corazón se detiene, que nuestra memoria quiere retener, como esa mujer con cuyos ojos nos encontramos un momento al pasar el tren en el que viaja.

La carretera atraviesa una inmensa llanura quemada; de vez en cuando una tienda de nómadas, un grupo de personas, unos camellos pastando, la mancha de una túnica revoloteando en el inmenso ocre y azul, la frescura de una sonrisa de mujer que nos saluda el brazo en alto. Un pastor se acerca rápidamente a la carretera y nos hace señas de que nos paremos. Es un hombre maduro, quemado. Por señas nos pide agua. No nos acepta más que dos potes. Allí se queda en la carretera diciéndonos adiós, con el frescor del agua en la boca, con su soledad, en su inmenso desierto, con sus esmirriadas cabritas.

## EL OASIS

Cuando llegamos a Adrar, fin de la carretera asfaltada y comienzo de la pista, nos encontramos con que no hay gas-oil, y de que habrá que esperar a que lo traigan del norte. Nadie en el pueblo puede decirnos cuánto puede durar la espera.

La noticia nos alegra, pues nos hemos instalado en el Oasis, frente a Adrar, y un Oasis es belleza.

Todo es perfecto en el Oasis. La brisa del invierno arranca susurros de las palmeras y nos lava la cara y el alma. La arena de las dunas es finísima. Cada grano de arena es perfecto. Las risas calladas de los muchachos que se han acercado hasta nosotros eran perfectamente alegres.

El desierto es perfecto en su aridez, en su soledad, en su silencio. Me dirán que lo que hace bello al desierto, hace a la vez dura la vida de estas gentes. Y yo me pregunto a mi vez, si esta falta de cosas para muchos de nosotros casi imprescindibles, no es lo que hace realmente hermosa su vida.

A la noche, desde el Oasis, Adrar es un montoncito de estrellas caídas del cielo, allá en el horizonte de dunas. Nosotros, metidos en nuestros sacos, delante de esta perfección, quisiéramos comprender esta noche, esta brisa susurrante, este cielo, este país. Y siento que no podremos, que tenemos demasiada prisa, esa maldita prisa civilizada, por ver, por aprender, por andar. Quizá todo lo que hay que ver está aquí, en la vida de las gentes de este Oasis. El aire es aquí limpio. Al sur hay un enorme desierto, al este el plateau de Tademaït, al oeste y al norte el Gran Erg. Todavía aquí existe el silencio, ¿por qué correr?

## EL DESIERTO

Pero desgraciadamente y demasiado pronto, llegó el gas-oil, como llegan las cosas irremediables. Aquella mañana, cargado cada vehículo con 300 litros de gas-oil para cruzar los 1.700 kilómetros de desierto, y una buena provisión de agua, nos lanzamos por fin a la pista.

La entrada es terrible. Desde el primer momento todo ha empezado a saltar, crujir y rechinar, como si de repente una gigantesca y reseca mano zarandeara el coche para divertirse oyendo sus ruidos y los saltos de sus ocupantes. Nos miramos entre preocupados y divertidos, cada uno de nosotros pensando que de ahora en adelante y durante más de dos meses, esto va a ser lo normal. Nuestra preocupación se centra en el enorme peso que llevamos, todos los coches sobrepasando la carga máxima en media tonelada, y sobre todo las desmesuradas parrillas de fabricación casera, que no sabemos cuanto aguantarán.

A los cinco kilómetros surge el primer problema mecánico que, ante las ansiosas miradas de los poco enterados, Martín consigue solucionar. Poco a poco vamos tranquilizándonos y acostumbrándonos a este terrible bamboleo. Pienso en nuestros tres coches, tan pequeños en esta inmensidad, y expuestos a cualquier rotura sin solución.

La calma del Desierto rota a nuestro paso. Tres nubes de polvo cruzando la vieja pista de arena roja. Paisaje horizontal, horizontes superpuestos, colores desvaídos de puro viejos.

Tierra vieja, tierra requemada, purificada por el sol, te pisoteamos con veneración, con amor, te vamos poseyendo con estrépito.

El poste Weygand no es más que un punto en el desierto, unos antiguos depósitos para el agua, hoy día abandonados. En esta inmensidad desolada nuestra mente de hombres civilizados tiene que adoptar una referencia, un objetivo, para sentir que avanzamos. Al llegar al poste Weygand lo más hermoso no es haber llegado, sino comprobar que tras él todo continúa igual, un inmenso desierto sin fin, un inmenso horizonte.

Durante días avanzamos por la pista y nos sentimos como en el mar, rodeados de un horizonte perfecto. Un horizonte recto y estático. Es agradable parar de vez en cuando el coche y salir a pisar esta tierra, a sentir el aire limpio y puro del desierto, a hundir los ojos en el horizonte ilimitado.

Una noche mientras preparamos la cena, ha aparecido un toareg como surgido de la tierra, y nos ha pedido agua. Tres de nosotros le han acompañado hasta su tienda, a unos kilómetros, para ayudarle a llevar el agua. Han regresado ya muy tarde, hablando de la tienda de pieles de este hombre, de su mujer y los niños, de la leche de camello que les ha ofrecido en un cuenco de madera y del nomadismo de esta familia que, poco a poco, a través del desierto, bajan hacia el sur, sin importarles el tiempo, saltando de pozo en pozo.

Cuando lleguemos a casa la gente nos preguntará por la vida en estas tierras, y al contar lo que hemos visto muchos sacarán la idea de que llevan una vida pobre y miserable. Yo, acordándome de este hombre, dueño del desierto, conduciendo su familia y su rebaño bajo la luz de las estrellas, plantando su tienda allí donde le venga en gana, que conoce el silbido del viento y su significado, pensaré para mí que quién es el pobre y miserable.

Tessalit es el primer puesto fronterizo de la República de Mali, un puñado de casas entre colinas de piedras quemadas. Es nuestro primer contacto con la África negra: calor, montones de niños con sus correspondientes moscas, simpatía y curiosidad de los aduaneros y una espera interminable a que el comandante del puesto firme nuestros visados de entrada en el país.

Una mañana, el coche atrapado en un profundo arenal, todos nos afanamos a su alrededor empujando, limpiando la arena de debajo, aconsejando al chófer, paleando arena. Tras una hora de esfuerzos tenemos el charro a flote, pero un ruido nuevo y sospechoso nos hace temer lo peor. Efectivamente, el grupo trasero ha quedado inútil por la rotura de un piñón. De esta manera, con una sola tracción, un día entero tardamos en cubrir los últimos kilómetros antes de llegar a Gao, el primer pueblo después de 1.700 kilómetros de desierto.

## G A O

A orillas del viejo Níger, con cientos de kilómetros de desierto al norte, unida a Niamey al este y a Bamako al oeste por pistas practicables



Hombori Tondo. La montaña sagrada. En el límite de sol y sombra el espalón escalado.

durante unos pocos meses al año, Gao, vieja ciudad de toaregs, conserva íntegramente su carácter.

Casas de adobe, sencillas y bellas, calles de arena adornadas de acacias de un verde exuberante. Gao es una ciudad alegre que vive fundamentalmente del comercio, un comercio viejo y antiguo que llega a la ciudad atravesando el desierto o remontando el Níger.

Ciudad frontera entre el Africa blanca y el Africa negra; en ella conviven toaregs con una mezcolanza de razas negras. Cuando nosotros llegamos, una bonita mañana de finales de febrero, tras seis días de desierto, barbudos y polvorientos, nuestras ropas sucias y desastradas, las gentes de Gao guapas y esbeltas, se paseaban de arriba abajo, resolviendo sus pequeños asuntos, como todos los días, brillantemente vestidos, limpios y felices. Nosotros mirábamos absortos todo aquello por las ventanillas de los coches y siempre había alguno que advertía al chofer:

—¡Cuidado, más despacio!

como con miedo de turbar aquella armonía, como si todo aquello fuese a derrumbarse con el estrépito de nuestros coches.

Toaregs con sus amplias capas blancas, azules o negras y sus turbantes y su espada al cinto. Negras vestidas con túnicas de mil colores y un gran pañuelo en la cabeza, de movimientos pausados y ondulantes.

El mercado, espectáculo fabuloso de colores, ruidos y movimientos, el puerto en el Níger, con las piraguas que van y vienen, piraguas de lí-

nea purísima, los puestos de pescaditos fritos, una gran sartén humeante en la que se frien veinte o treinta pescaditos a la vez.

Y los atardeceres del Níger. Todos los días acudimos a la orilla del río, a ver cómo el globo rojo del sol rueda por las dunas del horizonte dando a la tierra un color de dolorosa irrealidad. Los pequeños ruidos cotidianos de los habitantes de las cabañas de la orilla, trajinando sus cacharros en las pequeñas hogueras, nos hacen tomar contacto con esta realidad que se nos escapa.

## **AL SUR DEL NIGER**

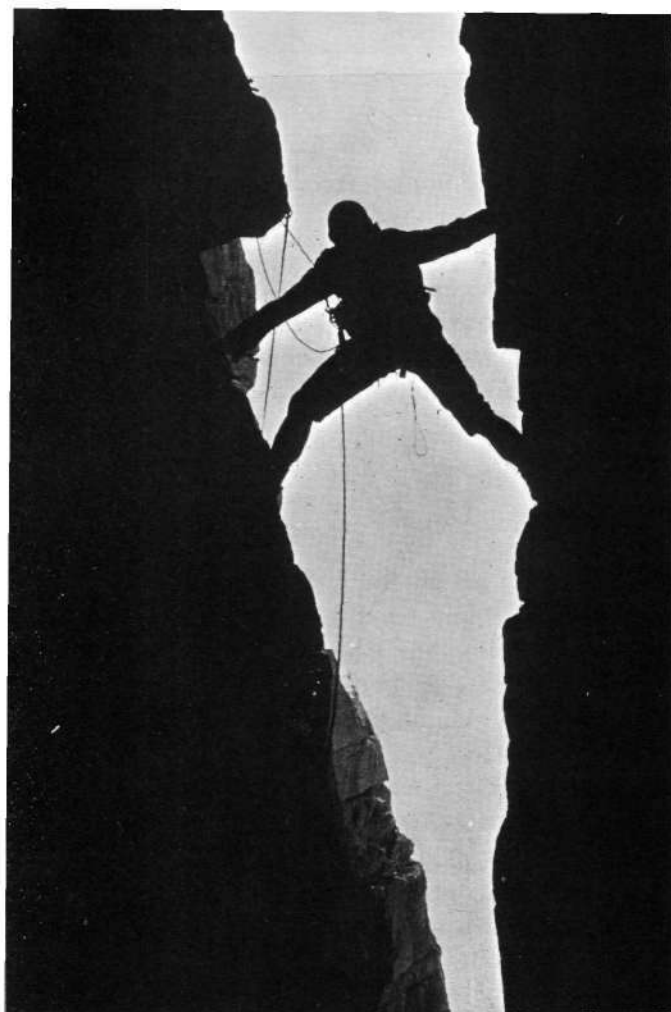
Hoy, 27 de febrero, hemos atravesado el río en un feo transbordador de hierro con motor de gas-oil. Yo esperaba una vieja barcaza de madera arrastrada por la corriente del río, pero ya esos tiempos han pasado desgraciadamente. En el barco, coches, camellos, toaregs, europeos, negros. Ya en la otra orilla nos hemos sentido más libres, más aislados; estos tres días pasados en Gao, la ciudad nos tenía atrapados con su belleza y su autenticidad y había quien hablaba de quedarse allí...

Ahora, ya en marcha por la pista al sur del Níger, el corazón empieza a olvidar la pena de abandonar Gao y se llena de alegría ante la idea de que mañana llegaremos a Hombori y veremos por primera vez el país y las montañas por las que hemos recorrido cuatro mil kilómetros durante veinte hermosos días de viaje.

## **LAS MONTAÑAS QUE FLOTAN SOBRE LA SABANA**

Al atardecer del 28 de febrero vemos por primera vez las agujas. Primero no son más que una sombra casi imperceptible en la bruma pesada de la sabana. Más adelante vemos surgir la línea purísima de sus perfiles entre los vapores azulados de aquella tierra reseca. Hay un aire de misterio, de tierra olvidada, de tiempo detenido alrededor de estos picachos. En nosotros, una mezcla de paz y excitación a la vista de estas montañas flotantes. Esta noche dormiremos aquí, viendo un sol rojo posarse en el horizonte junto a las dormidas sombras de las montañas.

Al día siguiente tras recorrer los últimos kilómetros por la pista entre acacias que lleva al pueblo de Hombori, acampamos bajo la enorme mole del Hombori Tondo. Pronto se nos acerca un pastor entre temeroso y curioso, pensamos que en seguida empezará a pedir cosas. Pero al rato desaparece para volver nuevamente para ofrecernos un cuenco hecho de corteza de calabaza lleno de leche. Nos lo vamos pasando de uno en uno y todos bebemos bajo la mirada reprobatoria de Natxo Corral, nuestro «toubib», que hubiese preferido que antes la cociésemos durante diecisiete minutos. Es



En la gran chimenea sudoeste del Suri Tondo.

nuestro primer contacto con los habitantes de la región, gentes pacíficas y acogedoras.

Nuestra primera noche al pie de Hombori Tondo es magnífica, sintiendo la presencia milenaria de la gran montaña, con el sentimiento de que los próximos días estarán llenos de aventura, descubrimiento, belleza. Oímos el constante y profundo rumor del viento que azota la cumbre meseteria de la vieja montaña como una vieja llamada. La llamada de los dioses y los muertos de aquella tierra dura y olvidada.

Pienso en los habitantes, Peules y Dogones, de la región, y en sus sentimientos respecto a estas montañas, sus montañas. ¿Qué pensarán de nosotros que venimos a escalarlas? Hemos oído que algunos de estos pueblos no dejan ni acercarse a ellos y que su reacción es hostil hacia los europeos que quie-

ren escalarlos. Nosotros, tras ver la acogida del pastor de esta mañana no podemos ni queremos creer en esa actitud hostil.

De momento, Elósegui, Ivonne y Pastor se preparan para intentar mañana buscar la vía más sencilla para subir al Hombori Tondo. Saldrán de nuestro campamento todavía de noche para aprovechar el fresco y... pasar desapercibidos. No queremos ocultarnos, pero todos pensamos que lo más prudente es obrar con cautela y sin exhibirnos, de manera que se vayan acostumbrando poco a poco a vernos.

## HOMBORI TONDO

Con Natxo Corral y Martín me voy a darle la vuelta al Hombori. Delante nuestro hemos observado una especie de espólón o nervio que surca de arriba abajo la lisa pared y que esperamos ofrezca una interesante vía de escalada. Subiremos hasta el pie de este nervio y luego bordearemos toda la montaña para estudiar alguna otra posibilidad. To-

davía de noche medio dormidos dentro de nuestros sacos, hemos oído las voces y los ruidos de los tres que se iban a escalar la montaña. Mientras ascendemos hacia el pie de la pared entre rocas y cañas de mijo, miramos por si vemos alguna señal de nuestros amigos. Pero la única respuesta a los gritos que de vez en cuando lanzamos es el silbido del viento.

Mucho antes de llegar al pie de la montaña, nos damos cuenta de que el espolón es escalable y que su escalada puede ser magnífica. Desde que empezamos a pensar en venir a Mali, empujados por el entusiasmo de Elósegui, dos interrogantes nos preocupaban. ¿Las paredes ofrecerían espolones, chimeneas, fisuras, que proporcionasen escaladas posibles, interesantes y lógicas? ¿Serían escaladas libres o deberíamos utilizar la técnica artificial? ¿Y la roca sería buena o quizá estaría podrida por el calor?

No nos gustaba la idea de hacer escalada artificial, y mucho menos dedicarnos a plantar golos en paredes lisas y sin fisuras, por lo que nuestra ilusión era encontrar vías elegantes que en escalada libre nos llevasen a la cima de aquellos picos. Es más, queríamos escalar con el número mínimo de clavijas, y por otra parte nos habíamos llevado un buen número de pequeños tacos de aluminio, «bicoins», para introducir en las fisuras y dejar así menos huellas de nuestro paso. No queríamos hacerle ni una muesca a ninguna pequeña losa, de aquella pequeña montaña de aquel inmenso y desolado desierto de la Tierra.

Al llegar al pie de la montaña se disipan todas nuestras dudas. Una serie de bloques, diedros, fisuras, ofrecían a lo largo del espolón una vía lógica de escalada. Por otra parte la roca magnífica, segura, consistente. Nuestra alegría fue grande, porque además algo nos decía que aquello ocurriría en todos los picos de la zona.

Al pie mismo del espolón, una vasija de barro y un montón de piedras cuidadosamente colocadas señalaban una antigua tumba. Para nosotros aquello era ya el Espolón de la Tumba Peul.

El resto del día lo dedicamos a dar toda la vuelta a la montaña, asombrados de aquellas inmensas y lisas paredes que de un solo salto se lanzaban hacia el cielo. Descubrimos el lugar por el que pensamos habrán subido nuestros compañeros y por más que observamos no vemos señales de ellos.

A la mañana siguiente mientras preparamos nuestras mochilas para ir al espolón, por fin van llegando nuestros amigos, cansados y radiantes. Vienen encantados por la escalada y por la calidad de la roca, pero sobre todo por las horas que han pasado en la cumbre, y de sus interesantes hallazgos de vasijas, tumbas y restos de ofrendas. Verdes de envidia apresuramos nuestros preparativos y al poco rato estamos en marcha Corral, Martín y yo.

El atardecer nos encuentra escalando a la derecha del espolón, buscando la línea más débil de la pared. Natxo y yo vemos a Martín debatirse con el primer largo de cuerda, con superaciones atléticas y grandes zancadas entre bloques blanqueados por excrementos de buitres. Como se hace de noche, desde la plataforma de reunión, treinta metros por encima de la tumba peul, hacemos un rapel y los tres nos descolgamos hasta el suelo.

Vivaquearemos aquí, sobre un buen montón de hierba seca que hemos recogido. Acurrucados bajo la gran pared, con la incógnita de la escalada de mañana en la cabeza, las pequeñas hogueras que se encienden abajo en la sabana, hablamos en voz baja de pequeñas cosas importantes.

A la madrugada tomamos un té calentado en una pequeña hoguera y rápidamente trepamos por la cuerda que ayer dejamos colgando. El segundo largo de cuerda es muy duro y sostenido, atlético, sin muchas posibilidades de clavar. La pared nos engaña, pues al observarla desde abajo nos había parecido más fácil de lo que ahora resulta.

Natxo Corral no se encuentra muy bien y finalmente toma la dolorosa decisión de bajarse. Lo vemos deslizarse por la cuerda y llegar al suelo. Lo vemos andar y no podemos reprimir cierta envidia y durante un momento luchamos contra el deseo de seguirle. Cuando desde abajo, tristemente, nos dice adiós con la mano, reaccionamos y volvemos a mirar hacia arriba.

Por encima la escalada es algo menos difícil, pero siempre bellísima. Es justamente lo que queríamos, una escalada libre elegante y lógica; utilizamos el menor número posible de clavijas pues nuestros «bi-coins» entran bien en las fisuras.

Muchas veces, durante el largo viaje, al imaginarme escalando estos picos, se me hacía ridículo bajar hasta aquí, a esta tierra tan distinta de la nuestra, de espacios tan grandes, para encerrarme días enteros en un pequeño pedazo de roca. Pero ahora escalando a lo largo del espolón, admirando su espléndida roca y gozando del aire que sopla continuamente, echando intensas miradas a la solitaria e inmensa sabana, nuestro corazón se extiende por toda ella, se nos escapa por los dedos a la roca de la montaña, baja hasta el suelo para mezclarse con la hierba amarillenta, las piedras y la arena. Y comienzo a encontrar un sentido a este pedazo de mi vida.

Un gran número de buitres nos sobrevuelan vigilantes y en un determinado momento llego a contar hasta veinticinco. Alguno se acerca mucho y nos asustan sus imprevistas pasadas en picado. Alguna reunión la hacemos en un nido de buitre, ocupado por el enorme pollo, que nos mira fijamente, dispuesto a lanzarnos un picotazo en cuanto nos acercamos.



Chimeneas, desplomes, muros sin apenas presas, una variedad de pasos van sucediéndose, y al atardecer, con el sol rojo posado sobre el horizonte, salimos de las últimas losas del espolón.

Arañándonos las piernas con los árboles espinosos, saltando entre bloques cubiertos de ramaje, llegamos casi de noche a la parte más alta de la cima. Meseta misteriosa y olvidada es un pequeño ecosistema por sí mismo. Rocas, árboles, llanuras con alta hierba amarillenta, quizá hace años habría agua.

### VIEJA MONTAÑA

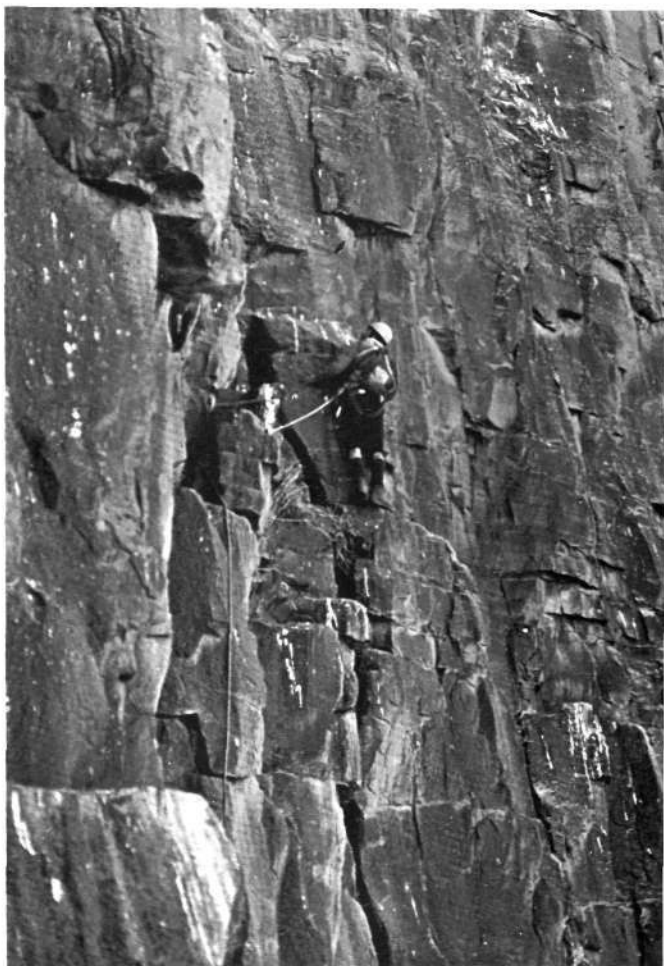
Noche llena de susurros, misterios, un aire de indefinible antigüedad. Ante la pequeña hoguera temblorosa, sueño que un pueblo vive todavía en la gran meseta, en una pequeña hondonada, alejado de todos y de todo, en su vieja montaña, pequeño mundo batido por un viento continuo, resecaado por un sol blanco casi eterno. Pueblo que convive con los buitres, los milanos, los halcones y los murciélagos. Pueblo silencioso, oyente del viento. Pueblo que nos atisba tras las rocas y los árboles, temerosos de ser vistos, de existir para un mundo que no los comprendería, que les llamaría salvajes. Pueblo de la cumbre mesetaria de Hombori Tondo.

A la mañana siguiente, buscando la vía de descenso, sacudiendo las piernas y la espalda del frío de la noche, me parece ver unos ojos brillantes que nos espían tras unas ramas. Una mirada asustada. Hago como que no he visto nada, asustado a mi vez, y sigo andando.

El primer rapel que me conducirá hasta el suelo de la sabana termina por despertarme del todo.

### LAS AGUJAS DE GARMÍ

Tras los primeros días pasados juntos bajo el Hombori Tondo, la expedición va a separarse para que cada uno pueda realizar sus objetivos.



En las losas del Kaga Tondo.

Por una parte, Ramón Elósegui e Ivonne Izaguirre se dedicarán a los buitres, pero para ello realizarán ascensiones y auténticas primeras marcadas por una maravillosa adaptación al ambiente y a las costumbres de la región. Javier Otero y Yon Zabaleta, sentados bajo una acacia, tranquilos cazadores al acecho, captarán uno con su máquina fotográfica, otro con su pluma, la vida cotidiana y familiar de este pueblo. Manu Izaguirre y José Mari Larramendi visitarán pueblo tras pueblo, en busca de objetos, costumbres, formas de vida, en una labor que a ellos les hubiese gustado fuese de diez meses y no de diez días. Nosotros corremos tras las agujas de Garmi, que desde la cumbre del Hombori Tondo nos han llamado poderosamente la atención.

Estas agujas forman un maravilloso grupo de montañas que pueden resistir la comparación con cualesquiera de Africa. Si su altura es realmente modesta, la verticalidad de todas sus paredes y la dificultad del acceso hasta ellas, las hacen casi inexpugnables. Para nosotros está el aliciente de que ningún escalador, al menos moderno, ha escalado ni lo ha intentado siquiera ninguna de ellas. Solamente el Wandilu y el Wangel Dublidu han podido ser escalados por los habitantes de Garmi. En cuanto al Suri, Kaga y Kaga Pomori, 600 metros de paredes verticales algunas, extraplomadas otras, y un calor terrible las defienden del escalador que quiera llegar a sus cimas.

Nos instalamos bajo la fascinante cara este del Kaga Tondo, protegidos por un enorme bloque rocoso, de manera que tenemos sombra y las grandes rocas nos proporcionan sensación de frescura. Como perdimos nuestra cocina de butano, nos preparamos una rústica cocina de leña en la que se nos derrama la leche, la sopa, nos quemamos al ir a coger los cacharros y da a nuestros cacharros un estupendo color de hollín. A la hora de la comida el aroma del fuego de leña mezclado al olor del arroz cocido o del bacalao con tomate, es el ingrediente ideal para abrirnos el apetito... que realmente nunca nos faltó.

## SURI TONDO

Garmi es un auténtico pueblo de montaña, recostado en la suave ladera que sube hasta la pequeña meseta superior situada detrás de las agujas. Pronto hacemos amistad con aquellas gentes sencillas y en nuestras idas y venidas por las agujas, siempre nos paramos para charlar con ellos. Sentados bajo una techumbre de paja, junto con los hombres del lugar, les contamos lo que hemos hecho en el día y nuestros próximos planes. Nos escuchan con atención, nos hacen preguntas y terminan por reirse de nuestra manía de subir a los montes. Mueven la cabeza, se mi-

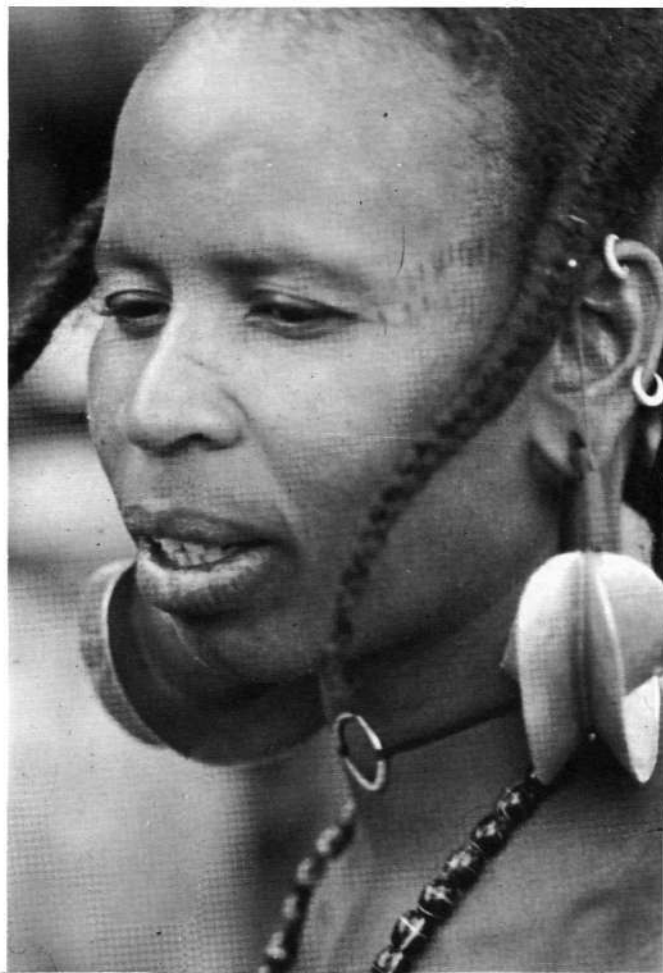
ran unos a otros, se ríen con ganas y hablan en funfunlo como diciendo:

—Pero hombre, pero hombre..., ¿a quién se le ocurre?

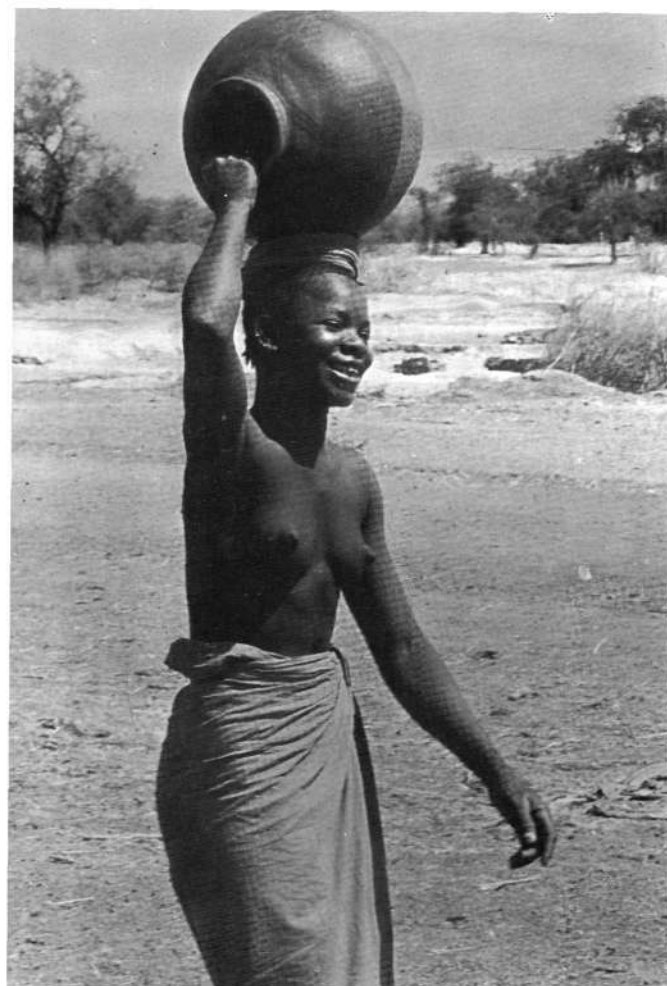
Tamboura Gouro Amadou fue nuestro más leal amigo y cuando salíamos a escalar él cuidaba de nuestro coche eficazmente. Desde la altura podíamos ver cómo mantenía a los chiquillos, principales enemigos de nuestras riquezas, a una distancia prudencial.

En un reconocimiento que realizamos dando la vuelta a todas las agujas, descubrimos una chimenea en la pared suroeste del Suri Tondo que esperábamos que nos llevaría muy arriba; el único problema parecía estar en cómo alcanzar la chimenea y una vez superada ésta encontrar la vía en la parte superior que nos llevase a la cima.

Todo se desarrolló más o menos como habíamos previsto y la estructura de la roca y de la montaña nos ofreció un camino lógico y evidente. Un problema que no esperábamos surgió mucho antes de empezar a escalar y alguno de nosotros se llevó un buen susto. Ascendíamos por la empinada vertiente del talud característico que rodea a estas montañas, acercándonos lentamente a la pared, cada uno por su lado, dejándonos llevar por nuestro impulso y nuestros deseos, cuando empecé a oír fuertes gritos de Natxo Corral. Le contesté pensando que querría saber nuestra posición para guiarse, pues él se había ido muy a la derecha, pero pronto me di cuenta de la verdadera razón de sus gritos, cuando un enorme papión cruzó a unos metros de mí, lanzándome miradas terribles y ladrando furiosamente. El papión es un mono con cabeza de perro, mandíbulas potentísimas y de gran corpulencia y es normal encontrarlo en las montañas africanas; defienden con firmeza su territorio y sus crías y lanzados al ataque pueden ser terribles, siendo capaces de enfrentarse con éxito a los felinos más peligrosos. Así, pues, el susto de Natxo Corral fue tremendo cuando estando apaciblemente en cucli-



Mujer peul.



Muchacha de Nyminyana.

llas atendiendo a necesidades imperiosas, vio surgir a un par de metros frente a él un enorme papión que le ladraba ferozmente.

Pero más fuerte que este incidente, permanece en nuestro recuerdo las horas maravillosas pasadas escalando el Suri Tondo. La alegría de llegar con relativa facilidad mediante unos largos divertidos, a la entrada de la chimenea, la superación de ésta a través de una serie de situaciones bellísimas, y los últimos largos por el filo del espolón, en roca estupenda, con un aire trayéndonos promesas de cumbre, y todo ello a la sombra, protegidos del terrible sol de marzo de la sabana. Ya en la cumbre la sensación de ser los primeros hombres en haber llegado allí, en disputar durante un momento aquellas rocas a los buitres. Desde allí admiramos el espolón o arista norte del Kaga

Tondo y estamos de acuerdo en que debe ser nuestro próximo objetivo. Descubrimos que la chimenea que nosotros abandonamos en el lugar en que se hacía subterránea, llegaba hasta la misma cumbre..., así que si la hubiéramos seguido nuestras cabezas habrían surgido en la cumbre.

Pero para ello nos hubiesen hecho falta linternas, las mismas que nos hubiesen venido muy bien para bajar hasta Garmi, cuando habiendo destrechado ya el Suri nos pilló la noche. A tropezones, cayéndonos, desgarrándonos las piernas, envueltos en la oscuridad de un cielo sin luna, navegamos a la deriva soñando en nuestra colchoneta y en nuestro saco de dormir.

Y allí al fondo, comenzamos a ver unas lucecitas que se movían nerviosas, como queriendo decir algo, y finalmente unos cuantos hombres de Garmi con un par de faroles de petróleo, se lanzaban a nuestro encuentro, nos rodeaban hablando y riendo, contentos de vernos devorados por los «dutis» o despeñados en las rocas del Suri, y terminaban por llevarnos hasta nuestro coche guardado por el fiel Gouro.

Tenemos que explicar varias veces que sí, que hemos subido hasta el «lamu» del Suri Tondo, pero que allí arriba no hay agua, y además que nosotros no somos buscadores de agua. Y al rato nos viene Gouro ofreciéndonos una gallina viva, mijo, leche y una estera para sentarnos. ¡Maravilloso Gouro!

Después de cenar, alrededor de la temblorosa hoguera, acompañados de un heterogéneo grupo de Garmi, compartimos el té y los cigarrillos, hablando suavemente y riendo con satisfacción por nada. Dos jovencitas juegan a plantarse pajas ardiendo en el pecho y esperar a que la llamita llegue hasta la piel, momento en que en una zarabanda de manotados y risas evitan la pequeña quemadura.

Arriba, el inexpugnable Kaga Pomori con la Osa Mayor encima, levanta su presencia mineral. De vez en cuando una ráfaga de viento nos acaricia, arrancando misteriosos ruidos de la sabana. Día de bella escalada, bocas secas, viento que nos ha refrescado, el descenso corriendo para evitar un mal vivac. Ya todo eso son recuerdos. Ahora lo que cuentan son nuestras risas, cargadas de recuerdos, mezcladas con las risas de nuestros amigos de Garmi.

—Yanjili, yanjili —les decimos levantándonos.

—Yanjili, yanjili —contestan riendo.

## KAGA TONDO

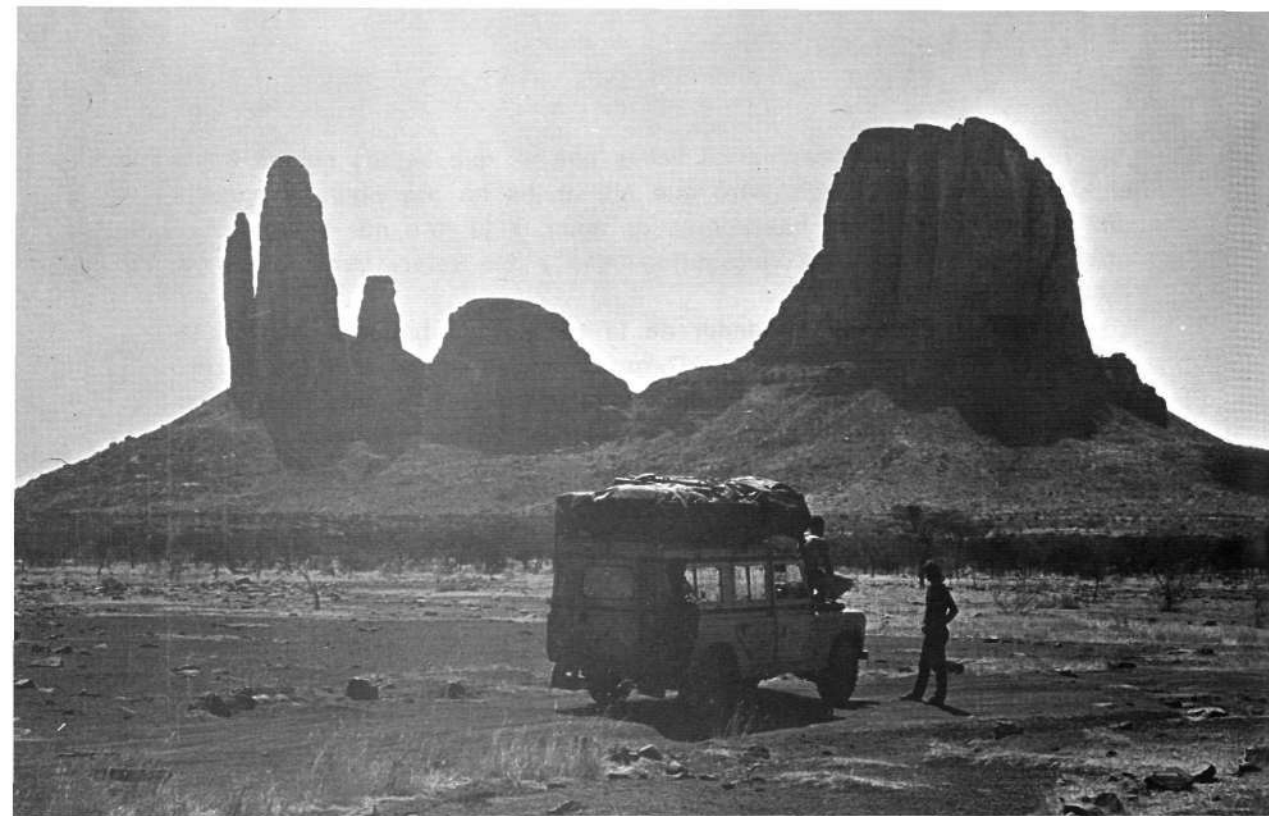
El Kaga Pomori es una enorme losa desgajada del Kaga que se mantiene increíblemente de pie, levantando sobre la sabana sus 400 metros de paredes extraplomadas. Si el escalar el Kaga, aun siendo difícil y problemático, nos parece que está al alcance de nuestras posibilidades, el intentar subir por las lisas paredes del Kaga Pomori se presenta como casi imposible.

Con la idea de echar un vistazo al descenso del Kaga y descubrir alguna posibilidad de escalar el Kaga Pomori, Corral y yo salimos una mañana temprano hacia el collado este entre el Kaga y el Whanblidu, y así de paso estudiaremos el ataque al espolón norte.

Para superar el collado debemos sacar la cuerda y trepando entre árboles y rocas vamos progresando hacia la parte superior de la hendidura. Observamos entusiasmados el vecino espolón del Kaga y llegamos a la conclusión de que será una escalada magnífica.

Desde el plateau superior una escalada fácil y agradable nos conduce hasta la gran vira característica que recorre de sur a norte la pared oeste del Kaga. Allí quedamos sobrecogidos por el vacío que se abre entre las dos montañas. Unos treinta metros nos separan de la pared de enfrente y en ningún sitio el abismo se estrecha. Comenzamos a abandonar la idea de escalar el Kaga Pomori.

Al pasar por Garmi descansamos bajo la techumbre de paja y co-

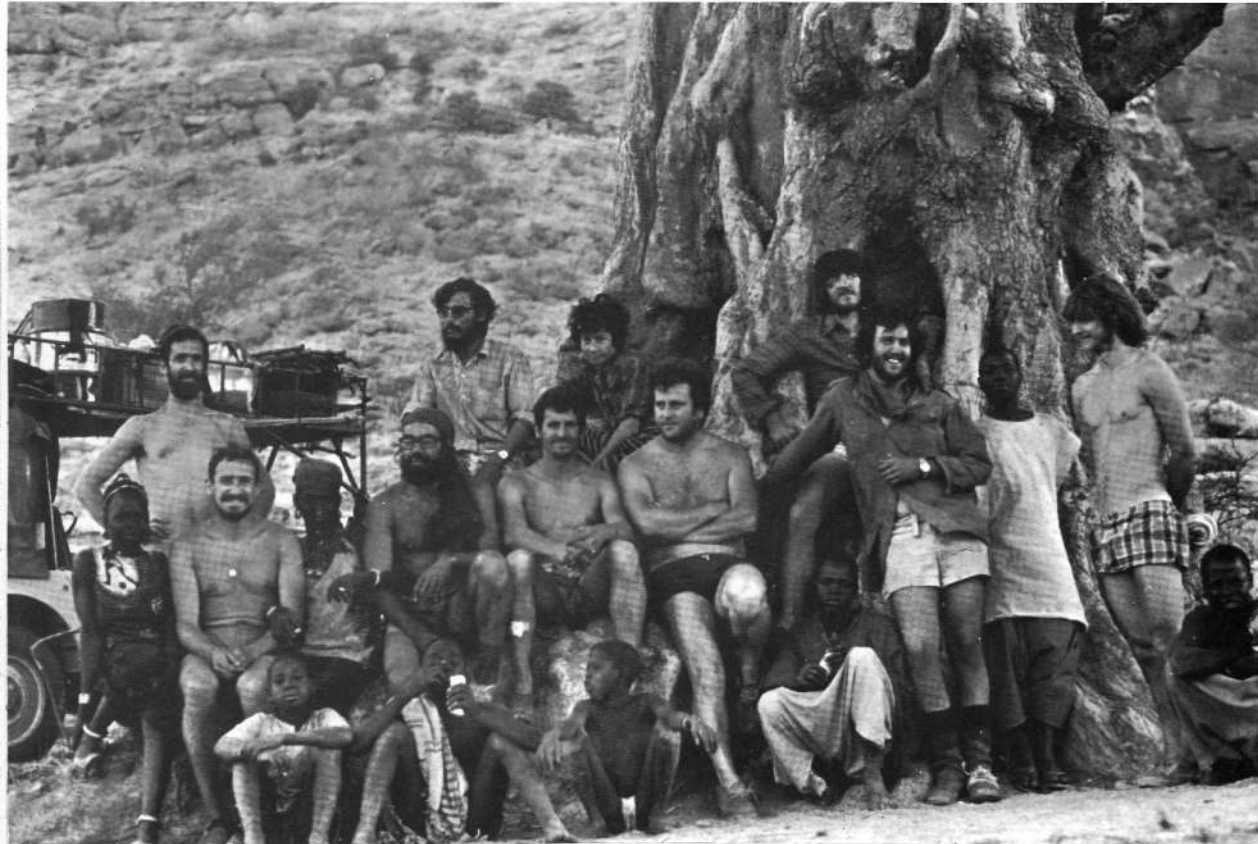


Las agujas de Garmi. De izquierda a derecha Kaga Pomori, Kaga, Wandilu, Wangel Dublidu y Suri.

mentamos con los hombres nuestra intención de subir mañana al Kaga. Natxo Corral aprovecha para hacer su visita médica acostumbrada, reparte pastillas, cura alguna herida infectada. El crío que hace unos días nos trajeron con los ojos terriblemente hinchados a causa de una conjuntivitis infecciosa, ha mejorado muchísimo, simplemente con unas gotas diarias de colirio, ante el asombro de nuestro «toubib».

Al amanecer del 11 de marzo, con un terrible aire caliente golpeándonos la boca, las mochilas bien cargadas de agua y material, nos acercamos a la pared del Kaga. Encima de nosotros, quinientos metros de roca vertical e inexplorada nos separan de la cumbre virgen, escasa superficie flotante en el aire turbio de la sabana. Hemos establecido con Natxo Corral, que se queda abajo, un código de señales de linterna para hacerle saber cómo van las cosas.

Los primeros largos se suceden rápidamente, en una escalada variada y bella de mediana dificultad. Procuramos no clavar clavijas intentando arreglarnos con pequeñas cuerdas pasadas por bloques y con los «bi-coins» que introducimos en las fisuras. Así llegamos debajo del desplome del primer gendarme en el centro del espolón, un auténtico balcón colgado en el vacío. A partir de allí una escalada sumamente aérea y muy difícil nos conduciría por el centro del espolón hasta el collado del segundo gendarme. El descubrimiento de un itinerario de tal belleza nos produce un estado de exaltación que se traduce en los gritos de alegría que lanza



Grupo expedicionario.

el primero de cuerda, a medida que, sostenido por las puntas de las botas y de las manos va pasando de presa en presa, en un extraordinario ballet, que a los que esperamos nos impresiona.

Escalamos todo el día soportando el calor y la sed, con el afán de terminar la escalada en el día, pues sabemos que cuanto más tiempo estemos aquí mayor y más peligrosa será nuestra deshidratación. Un pequeño sorbo de agua, una loncha de chorizo y nuevamente en marcha.

A anochecer, tanteando la roca, llegamos a una plataforma en el filo del espolón, plataforma que marca el fin de la gigantesca columna. Tras poner un poco de orden en nuestro lío de cuerdas, clavijas y mochilas, nos dedicamos a limpiar de piedras la terraza para hacerla lo más habitable posible. Aun siendo de noche hace un calor terrible y tras la paliza del día cualquier movimiento nos cuesta. Solamente nos quedan tres litros que debemos administrar cuidadosamente entre la cena, la noche y la escalada de mañana. El vivac resulta duro por el calor y la sed que debemos soportar; apretujados, las piernas colgando en el negro vacío, medio desnudos, intentamos dormir a ratos ensopados en nuestro propio sudor. Es la noche más hermosa de nuestro viaje, tras haber realizado una vía ideal, que ni en nuestros momentos más optimistas hubiésemos imaginado. Y la más dura.

Al amanecer estamos ya en pie y preparados a seguir escalando. A pesar de que aún el sol no ha salido, el calor es insoportable, un aire ca-

liente nos anonada y rompe nuestra fuerza moral. Escalamos todavía tres largos más de cuerda, bellos y expuestos, y finalmente Javier Pastor se enfrenta a lo que creemos es el último obstáculo antes de llegar a la cumbre: una chimenea cerrada por un desplome en donde las posibilidades de progresar en libre son casi nulas. El primero de cuerda intenta pasar en libre, derecha, izquierda, directamente, pero no hay manera. Solamente una escalada artificial nos permitiría superar estos últimos metros. Nuestro estado tras la calurosa noche es lamentable y nos encontramos en un peligroso estado de postración. En estas condiciones no podemos pensar en iniciar una escalada artificial lenta y fatigosa. Nuestra decisión es unánime, hay que bajar; vencido el espolón abandonamos la cumbre para otra ocasión o para otra cordada más afortunada.

Tristemente iniciamos una serie de rapeles que nos llevarán hasta el suelo, dejando nuestra ilusión y esperanza colgadas de la última clavija que hemos conseguido plantar. El descenso es difícil y peligroso, tambaleantes, intentando concentrarnos en el siguiente movimiento, temiendo al próximo rapel y a la cuerda que nos quemará la espalda y las manos. Por encima de todo intentamos sonreirnos unos a otros, tristes, cansados.

Tras el último rapel, la cuerda todavía en las manos, me tiro al suelo pegado a la roca, buscando un pedazo de sombra y olvidando a mis compañeros que luchan todavía contra el sopor, treinta metros más arriba. Finalmente los tres nos derrumbamos en una isla de sombra del ardiente aire de la sabana, azotada por un sol blanco y furioso. Estamos conscientes que estamos en nuestro límite.

### TRISTEZA Y ALEGRÍA

La experiencia del Kaga ha sido dolorosa pues nos ha enseñado que ya no podremos seguir escalando estas agujas desconocidas, pues el calor de marzo impediría llevar adelante la aventura que supone meterse en estas implacables paredes verticales. Realmente la época es ya tardía, pues habría que haber estado aquí en enero o febrero, en que la temperatura es menos dura pues no llega a pasar de los 32° C. sobre cero.

De todas maneras no estamos descontentos de nuestra actividad montañera: hemos trazado tres vías elegantes y bellas en unos picos en los que todavía nadie llegó con la idea de escalar. Unas montañas que por su lejanía, rodeadas de kilómetros de desierto, y la dureza del clima, mantendrán durante mucho tiempo su soledad.

A la vez estamos tristes, porque hemos abierto una pequeña senda por la que indefectiblemente irán llegando jóvenes que terminen con la virginidad de estas montañas, y cuando esto ocurra algo muy importante habrá terminado en esta parte de la Tierra. Pienso que al conquistar un pico virgen, el hombre destruye más que crea. No sólo destruye



su propia ilusión, la que le ha llevado hasta la cumbre, y que muere en cuanto se conquista, sino además algo inmaterial, que flota en el aire de esa cumbre, un soplo de libertad y pureza.

Así, cuando abandonamos las agujas de Garmi, medio cuerpo fuera de la ventanilla del coche diciendo adiós a nuestros amigos funfunlos, nuestra mirada se nos escapa hacia las invioladas cumbres del Kaga y Kaga Pomori, con cierta tristeza y a la vez con cierta alegría, la alegría de sentirse delante de un pedazo de planeta que el hombre todavía no ha conseguido pisar.

Allí no hay más que polvo milenario.

## NOMADAS DE LAS MONTAÑAS

Como nos quedan unos cuantos días antes de nuestra cita en Nokara con el resto de la expedición, los dedicamos a andar de un lado para otro sin prisas ni preocupaciones, maravillados por aquella tierra y aquellas gentes extraordinarias. Nuestra vida se desarrolla al ritmo del sol, olvidados nuestros relojes en el fondo de una mochila. Estamos felices de esta vida libre y desocupada, cambiando de pueblo de vez en cuando, de pozo en pozo.

Una mañana ventosa llegamos a Nokara, pequeño valle rodeado de altos paredones de roca lisa y brillante, en donde encontramos a Manu y José Mari arreglando su enésimo pinchazo.

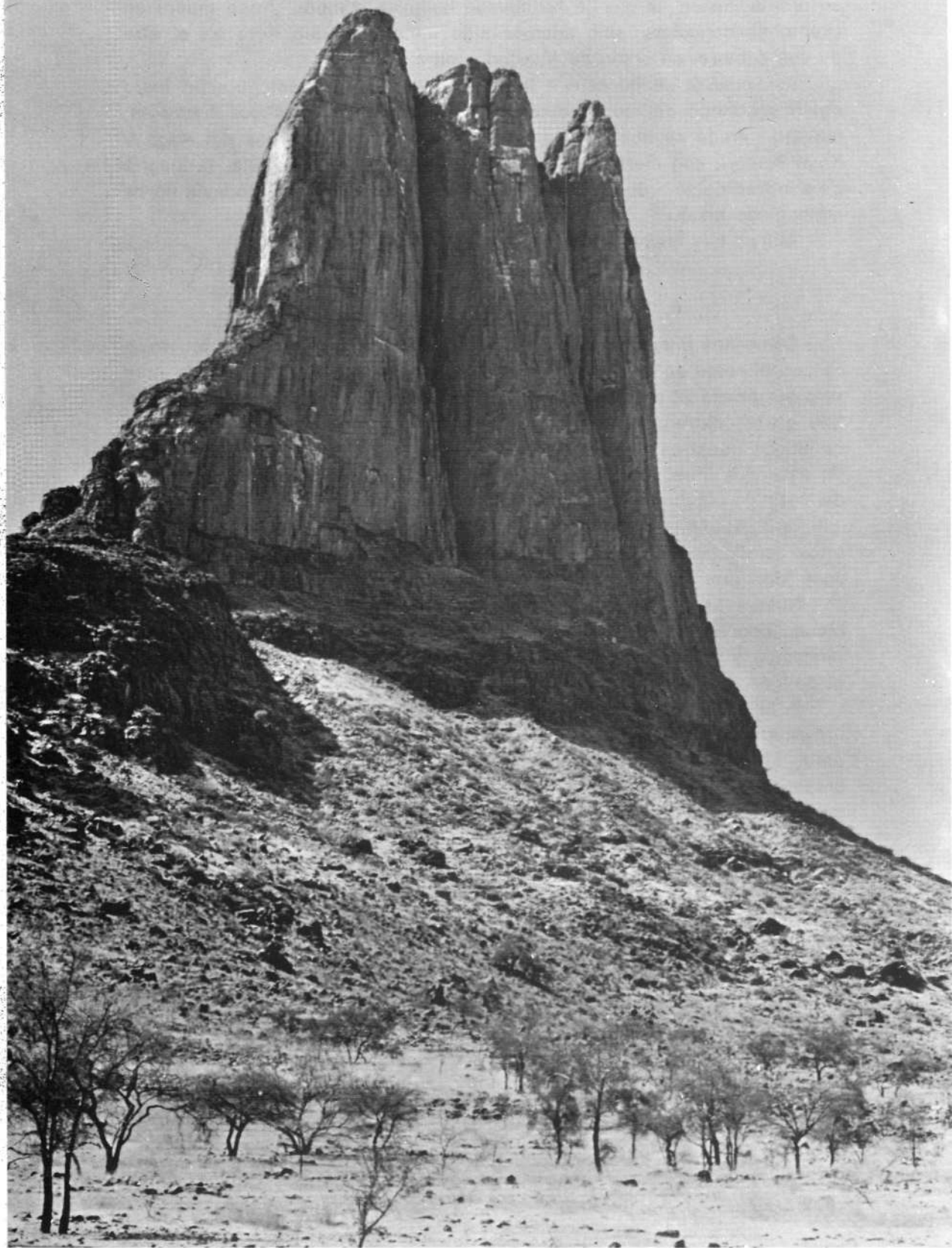
Nokara es un lugar extraordinario, con los antiguos silos y habitaciones dogones colgados de las altas paredes; allí se guarecían de sus enemigos y de las expediciones de los negreros, hasta que desaparecía el peligro.

A la noche acampados bajo dos inmensas acacias, con las estrellas brillando entre las ramas, nuevamente todos reunidos, charlamos sobre estos últimos días, contándonos unos a otros historias e impresiones y preparando el plan para los próximos días. Un viento abrasador y constante levanta nubes de arena a nuestro alrededor, se lleva y dispersa nuestra conversación.

En Dala acudimos a visitar al Gran Marabú, jefe religioso de la región. Alrededor de las brasas preparadas para el té ritual, nos sentamos junto al jefe de Nokara, de Dala, de Boni. El Gran Marabú es un agradable y sonriente anciano, que nos pregunta por nuestro viaje y por nuestro país. Son unos momentos deliciosos, de gestos rituales e inútiles, hay un aire de paz e ingenuidad.

Ya fuera de la cabaña, entre las nubes de arena que levanta el viento, nos vamos despidiendo del Marabú, nos estrecha cariñosamente la mano y nos pide que volvamos pronto.

En la pista hacia Mopti, vamos dejando atrás pueblos emocionantes en su armonía de adobe, sol y arena: Dala, Gono, Setaka, Dirimbé, Douen-



tza. La pista roja entre acacias, cruzando la llanura, serpenteando entre los rojos y calcinados riscos, bajo el sol del mediodía que enturbia el aire y difumina un horizonte blanco de sol, calcinado de viejas piedras y arenas.

## SEPARACION EN MOPTI

En Mopti, puerto del Níger, volvemos a separarnos. Dejándonos empujar cada uno por su fantasía y sus deseos vamos a tomar distintos caminos de los muchos que África nos sugiere. Ramón Elósegui e Yvonne Izaguirre quieren llegar hasta Bandiagara, seguir un tiempo por la zona e insistir en sus trabajos; fundamentalmente quieren seguir viviendo unos días más aquí, con estas gentes a las que hemos aprendido a querer. Yon Zabaleta y Javier Otero quieren llegar hasta la costa atlántica por sus propios medios: excitantes autobuses, taxis multitudinarios, tren, auto-stop. Los perseguidores de las montañas, decidimos alcanzar el Hoggar por la otra ruta transahariana, es decir por Niamey y Agadez. Manu, Natxo y José Mari tienen los días contados y deciden subir hacia el norte con nosotros. Cada uno envidia a los otros grupos y quisiéramos mezclarnos y poder hacer todo, recorrer todos esos caminos que se abren ante nosotros, excitantes.

En el coche al atardecer haciendo los últimos kilómetros del día, admirando el vuelo pausado y elegante de las garzas del Níger, siento la cálida seguridad de que hoy también dormiremos bajo las estrellas, maravillosa y diaria seguridad. Todo el cielo plagado de estrellas como techo de nuestros sueños. Estrellas y un gran espacio entre yo y ellas, espacio ilimitado a mi alrededor. Y el Níger con su serena presencia, llenando el aire con su discurrir de viejo cansado.

## EL HOGGAR

Tamanrasset ha sido en algunos aspectos una decepción para todos nosotros. Turistas ridículos merodean por todas partes, entran en apretadas manadas en las tiendas, en los bares, turistas gordas de piernas fofas que se aferran frenéticamente para no caerse de lo alto de un manoseado camello, pálidos europeos ávidos de aventura que han atravesado el desierto en una hora sentados en el cómodo sillón de un jet, para pararse boquiabiertos ante los toaregs embozados que si antiguamente se tapaban la cara para protegerse del viento y de la arena, creo que ahora lo hacen para que no les vean cómo se ríen.

A pesar de las hordas salvajes del turismo europeo, el aire de Tamanrasset es increíblemente fino y terso, trasparente, el cielo de un azul fuerte, los toaregs conservan su vieja dignidad aristocrática y al fondo los picos del Hoggar nos esperan llenos de promesas.

Tras unas rápidas compras, dátiles y pan, abandonamos la ciudad y entramos en la pista que nos lleva al corazón del macizo montañoso. En el Assekrem subimos al Hermitaje que poseen allí los Hermanos del Padre Foucauld, en donde hacemos amistad con el Hermano Edouard, belga, que nos recibe sencilla y entrañablemente y nos invita a café. A todos nos gusta este hombre delgado, de cara afilada y quemada por el sol y su natural deseo de explicar cosas de su auténtico país, el Hoggar. Sus palabras, su comportamiento, supone para nosotros el primer acercamiento al alma de los habitantes de estas montañas.

Hoy bajo el Assekrem, pasamos nuestra tercera noche en el Hoggar. Ayer reencontramos a Casiopea, allí en el horizonte norte, tras dos meses de ausencia de nuestro cielo.

Noches frías del Hoggar, días de sol y viento fresco. Promesas en el aire, prendidas de los picos, colgando de las estrellas, tapizando el cielo azul, espolvoreadas en las inmensas pedreras, extendidas en las mesetas basálticas, escondidas en las cuevas prehistóricas, promesas de bellos días, de horas llenas, de momentos perfectos, de libertad y esclavitud a nuestra estética.

Montañas por descubrir, montañas a quienes amar, hombres de estas montañas a quienes atisbar algún movimiento, una postura, una costumbre, un gesto, un sentimiento.

A la tarde nos despedimos de Natxo, Jose Mari y Manu que se van hacia casa pues deben llegar antes del 15 de abril, acuciados por sus obligaciones. Poco a poco hemos ido disgregándonos y de aquel grupo bullicioso y excitado que salió una buena mañana de Asiain, nos hemos quedado reducidos a grupitos de dos o tres, reconcentrados cada uno por sus objetivos. Martín, Pastor y yo no podemos impedir una ola de tristeza y de nostalgia al levantar el brazo en señal de despedida a nuestros amigos.

Ahora sentimos más la soledad del Hoggar. Silencio mineral bajo el Ilamane. Estrellas, rocas, piedra volcánica, aire fino y fresco. Pienso en el Hermano Edouard allí en el Hermitaje a tres mil metros de altitud. Me gustaría estar con él y sentir su presencia cálida y fraternal.

Arrinconamos suavemente nuestra nostalgia al pensar en el Ilamane, en sus rocas y caminos empinados hacia su cumbre. Será una bella ascensión, bella por el simple hecho de que escalaremos esta bella montaña. Empezamos a sentir ilusión por este pico. ¿O es que necesitamos tenerla?

Durante los días siguientes escalamos Ilamane, Aoukenet, Teoulag norte, Teoulag sur y Daouda realizando itinerarios bellísimos por su trazado elegante y por las montañas a las que ascendemos. Todas ellas son vías clásicas a excepción del Aoukenet, en el que al escalar su cara Este hacemos una segunda absoluta a la vía abierta por la Expedición Navarra

al Hoggar. Es una vía de excepcional belleza y de gran dificultad sostenida que nos deja un gran sabor de boca.

Entre una y otra escalada pasamos una noche en el guelta de Afilale, especie de lago de montaña, en donde coincidimos con Al Ouafi y su familia. Alrededor de la pequeña hoguera hacemos una cena común con la familia toareg, spaguetis, cus-cus, queso y dátiles, y además «lafelet», pan cocido por Al Ouafi bajo una capa de arena y brasas. Luego la ceremonia ritual del té con menta, tres pequeñas tazas de té hirviente; el té es buenísimo y rompemos el ritual pidiendo a Al Ouafi que nos haga un poco más consiguiendo convencerle con las últimas galletas que nos quedan.

A la mañana ellos siguen su camino hacia Djanet, siete días de cabalgada, mientras nosotros bajamos hacia el Daouda el último pico que escalaremos en el Hoggar. Allí conoceremos a un formidable grupo de escaladores franceses, formidables por su simpatía, que viven en Argel y que son grandes conocedores de las montañas norteafricanas. Les preguntamos por la Garet el D'jenoun, la montaña de los genios, que querríamos haber visitado después del Hoggar, pero las noticias que nos dan son desalentadoras. Hace un calor horroroso, su altitud es más baja, y el único oued en el que hay algo de agua es una charca maloliente. Según ellos hace siete años que no llueve en la Garet y los oueds están agotados. Así, poco a poco abandonamos la idea de la Garet y nos decidimos por el Djurdjura a 150 kilómetros de Argel, las montañas de nuestros amigos de las que nos habían entusiasmados. Son unos entusiastas de Africa, de sus gentes y sus montañas y enseguida nos sentimos a gusto con ellos.

Entre tanta gente joven europea que hemos visto deambular por Africa hemos encontrado un poco de todo, pero frente a aquellos que no ven más que «moros y arena» hay otros que son auténticos enamorados de esta inmensa tierra y de sus gentes. Como estos franceses que en su tiempo libre han ido recorriendo las montañas del norte, como Lucio el joven profesor italiano que conocimos en Tamanrasset, que lleva seis años viniendo a Africa y que ha vivido durante seis meses con los nómadas estudiando su vida actual y los problemas que encuentran los hombres del desierto para seguir viviendo como nacieron sus tatarabuelos, como nómadas.

Nosotros, estos meses, en nuestra continua persecución de las montañas hemos sido un poco nómadas y hemos terminado por amar y comprender esta vida. Somos realmente precipitados y ruidosos en nuestros coches. Quizá nos hace ser precipitados nuestra prisa por conocer todas las montañas, de esta manera nuestra propia libertad, la montaña, nos esclaviza. Pero así y todo es un nomadismo.

El toareg va de un lado a otro según la estación, buscando el pasto para su rebaño de camellos, eligiendo la pista en la que podrá vender

mejor sus artículos y comprar a mejor precio la harina, la sémola y el azúcar. La tierra, el clima, sus posibilidades le empujan de un lado a otro y va de oued en oued, de estrella en estrella.

Nuestro nomadismo es más inútil. Corremos detrás de pequeñas ilusiones, montañas nuevas, itinerarios inéditos. «primeras», que en cuanto las consigamos destruirán nuestra ilusión. Pero en el fondo nuestra vida está adornada con los mismos elementos que la de ellos y esto nos acerca. Estrellas, un fuego a la noche, el calor de una manta bajo el inmenso, insondable cielo estrellado, un té tomado sorbo a sorbo paladeado con todos los sentidos, el aire del desierto, las montañas y su presencia mineral, la sed y el calor. Sentir la Tierra y su fuerza.

De todas maneras siempre envidiaremos el que en ellos, esta vida sea natural y nadie entre ellos le dé importancia, porque esta forma de vida es consustancial con su propia existencia.

Lucio contándonos cómo estos nómadas desaparecerán en unos años y se sederentarizarán presionados por los gobiernos de Africa y por los cambios sociales, nos ha entristecido. Hay una terrible e irrefrenable voluntad en el hombre por separarse de la Tierra y aquellos hombres que ya lo han hecho, intentan obligar a hacerlo a los demás. La imparabable corriente de los hombres que quieren hacer de este viejo planeta un lugar cuadrículado y cubierto de cemento y asfalto, quiere trasformarlo todo y trastocar de un manotazo las costumbres milenarias de todo un pueblo. Es uno de tantos crímenes que hoy en día se camuflan bajo la máscara del desarrollo y el progreso.

Esta noche bajo el Daouda, sueño en un nuevo pueblo que nace. Nómadas como Lucio, Alain, Michel, que luchan por mantenerse junto a la Tierra. Nosotros corremos tras ellos, les cogemos de la mano y hacemos el mismo camino que ellos y en nuestra andadura vamos dando la mano a otros muchos. Caminamos cientos de kilómetros sin detenernos apenas para beber un sorbo y mirar la estrella que nos guía.

Hoy termina para nosotros el Hoggar, la Garet el D'Jenoun está barrida por el cálido siroco y sus oueds sin agua, no es un buen lugar. Nos dirigimos hacia el Djurdjura, más al norte, más fresco. Nuestros amigos nos esperan para enseñarnos nuevos valles y nuevas montañas.

También es hora de volver a nuestro viejo lugar a reencontrar a nuestra gente, a descansar un momento y contar lo que hemos visto. A hablar de lo hermoso que es Africa. A redescubrir nuestro propio país y reencontrar los problemas que lo ahogan.

Felipe Uriarte, 1975

## DATOS INTERESANTES

### EXPEDICION HOMBORI DOUENTZA 75

Kilómetros recorridos: 13.000, de ellos la mitad por pistas. A través de Marruecos, Argelia, Malí y Níger.

Duración de la Expedición: tres meses, del 12 de febrero al 12 de mayo. Hacen falta por lo menos de seis a diez días para atravesar el desierto en uno u otro sentido. Contar un día para cada paso de aduana.

Transporte. Dos Land Rover de segunda mano, un Jeep Willis nuevo. Se instalaron parrillas de fabricación casera, que es desaconsejable sobrecargarlas. Solamente deben usarse para material de camping y algún bidón de gas-oil.

Material. Cada Land Rover salió con 1 tonelada de peso que es excesivo. Llevamos la comida para los tres meses, cosa que no merece la pena, pues se puede conseguir comida local.

Cocina de gas butano. Con tres a cuatro cargas de butano de 3 kgs. debe ser suficiente para cuatro personas y tres meses.

Alimentación. Contábamos básicamente con tres alimentos: arroz, bacalao y spaghetti. El bacalao con tomate resultó excelente para aquel clima tanto por su aporte de sales y proteínico como por su aceptación entusiasta. Bien embalado (¡nada de plástico!) debe aguantar bien, tres meses.

Combustible. Nuestros coches eran a gas-oil. Utilizamos 2.100 litros de gas-oil y 20 litros de aceite.

A continuación va una lista de los precios del gas-oil.

Figuig, Marruecos: 12,20 francos marroquíes/litro.

Bechar, Argelia: 0,47 dinares argelinos/lit.  
Regane, Argelia: 0,47 dinares argelinos/lit.  
(Puede faltar 2 ó 3 días).

Gao, Malí: 130 francos malí/litro. Mercado negro.

Mopti, Malí: 118,25 francos malí/litro. Hay estaciones de servicio, pero hay que tener cuidado pues trucan los surtidores.

Niamey, Níger: 63 francos CFA/litro.

Agadez, Níger: 73,40 francos CFA/litro.

Tamanrasset, Argelia: 0,47 dinares argelinos/litro.

### MONEDAS UTILIZADAS

Dirham o franco marroquí. Marruecos; buen precio en Melilla.

Dinar. Argelia.

Franco de Malí. Malí.

Franco CFA (Confederación Financiera Africa Occidental). Níger. También se acepta en Malí, Alto-Volta, Costa de Marfil.

Vacunas. Algunas son obligatorias, otras voluntarias, pero creo que es aconsejable ponerse todas las siguientes: Fiebre amarilla, viruela, cólera, tétanos, tífus, paratífus.

### CARTOGRAFIA

— Mapa Michelin de Africa norte y occidental. Excelente. Indicación, puesta al día de situación de pozos, estado de las pistas y temperaturas.

— Carta de la zona, 1/200.000.

— Carta internationale du Monde, 1/100.000. Hoja OUAGADOUGOU, ND-30. Institut Geographique National. 136 bis, rue de Grenelle. París-VII.

Todos estos mapas pueden encontrarse también en: Servicio General de Información de Montaña. Apartado de Correos 2.291. Barcelona.

## PEQUEÑO VOCABULARIO

### FUNFUNLO

tondo = pico, montaña

dogón = pueblo negro del Africa Occidental

peul = pueblo negro del Africa Occidental

lamu = cumbre

duti = papión

yanjili = buenas noches

tiab = gracias

### ARABE

oued = río

guelta = pequeño lago

### OTROS

tole ondulé = suelo de pista, duro y ondulado, como una uralita

## DATOS TECNICOS

### ACTIVIDAD MONTAÑERA REALIZADA POR LA EXPEDICION.

— **Montañas de Hombori. Malí.**

#### HOMBORI TONDO

Vía normal. AD inf. 100 metros. NE.

Javier Pastor, Yvonne Izaguirre, Ramón Elósegui.

2-III-75.

#### HOMBORI TONDO

Pilar SE, TD. 250 metros. 1.<sup>a</sup> ascensión.

Martín Zabaleta, Felipe Uriarte.

3 y 4-III-75.

#### SURI TONDO

Gran chimenea SO. Vía normal. D. sup. 300 metros. 1.<sup>a</sup> absoluta.

Javier Pastor, Natxo Corral y Martín Zabaleta, Felipe Uriarte.

8-III-75.

#### KAGA TONDO

Espolón Norte. TD sup. 500 metros. 1.<sup>a</sup> ascensión.

Javier Pastor, Martín Zabaleta, Felipe Uriarte.

11 y 12-III-75.

#### KOYRIA

R. Elósegui, Yvonne Izaguirre.

4-III-75.

— **Macizo del Hoggar. Argelia.**

#### ILAMANE

Cara NE. Vía Zerf-Dansoville. TD 200 mts.

Javier Pastor, Martín Zabaleta, Felipe Uriarte.

7-IV-75.

Arista Norte. D. 100 metros.

Javier Pastor, Martín Zabaleta.

7-IV-75.

#### AOUKENET

Arista Norte. D. 100 metros.

Javier Pastor, Martín Zabaleta, Natxo Corral.

Cara Este. Vía de los navarros. ED. 300 metros. 2.<sup>a</sup> ascensión.

Javier Pastor, Martín Zabaleta, Felipe Uriarte.

8-IV-75.

#### TEHOULAG SUR

Cara Oeste. Vía Cauderlier-Vidal. TD inf. 300 metros.

J. Pastor, M. Zabaleta, F. Uriarte.

10-IV-75.

#### TEHOULAG NORTE

Cara SO. Vía Directa Blanchard. TD inf. 250 metros.

11-IV-75.

J. Pastor, M. Zabaleta, F. Uriarte.

#### DAOUDA

Vía Cauderlier-Vidal. TD 150 metros.

13-IV-75.

J. Pastor, M. Zabaleta, F. Uriarte.

— **Macizo del Djurdjura. Argelia.**

#### TRAVESIA RAS TIMEDOUINE

Le Reynier. PD.

20-IV-75.

J. Pastor, M. Zabaleta, F. Uriarte.

#### 7.º DEDO DEL THALTHAT

Vía Agresti. TD 200 metros. 1.<sup>a</sup> nacional.

23-IV-75.

J. Pastor, F. Uriarte.